

---

(eds.), *Writing Culture, The Poetics and Politics of Ethnography*, 1986, pp. 126, 129.

<sup>5</sup> G. Monod y G. Fagniez, *op. cit.*, p. 2.

<sup>6</sup> Romilla Thapar, "The Politics of Religious Communities", *Seminar* 365, enero de 1990, pp. 27-32.

<sup>7</sup> Benedict Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, edición revisada, Londres, 1991.

## Revisar la evidencia: el juez y el historiador

Carlo Ginzburg

Carlo Ginzburg es profesor de la cátedra "Franklin D. Murphy" de Estudios sobre el Renacimiento Italiano en la Universidad de California, Los Ángeles. Sus libros más recientes son: *Historia nocturna. Un desciframiento del aquelarre* (Barcelona, Muchnik, 1991) y *El juez y el historiador. Acotaciones al margen del caso Sofri* (Madrid, Anaya/Mario Muchnik, 1993). Este ensayo se publicó en *Critical Inquiry* (otoño de 1991). Traducción de Lligany Lomelí.

### 1

La palabra *evidencia*, al igual que *pista* o *prueba*, es crucial para el historiador y el juez. Esta afinidad encierra coincidencias y diferencias que se dan por supuestas desde hace tiempo. Ciertos cambios recientes en el quehacer del historiador arrojan nueva luz sobre este viejo tema.<sup>1</sup>

Durante los últimos 2,500 años, desde el comienzo del género literario que llamamos "historia" en la Grecia antigua, la relación entre la historia y la ley ha sido muy estrecha. En efecto, la palabra griega *historia* se deriva del léxico médico, pero la habilidad argumentativa que lleva implícita se relaciona con la esfera judicial. La historia, como lo señaló Arnaldo Momigliano hace algunos años, surgió como una actividad intelectual independiente en el entronque de la medicina y la retórica. Siguiendo el ejemplo de la primera, el historiador analizaba casos y situaciones específicas en busca de sus causas naturales; siguiendo las fórmulas de la segunda —una técnica o un arte, nacido en los tribunales—, el historiador comunicaba los resultados de su investigación.<sup>2</sup>

En la tradición clásica, la escritura histórica —lo mismo que la poesía— tenía que contar con un rasgo que los griegos llamaban *enargheia* y los romanos *evidentia in narratione*: la habilidad de transmitir una representación vívida de personajes y situaciones.

El historiador, como el abogado, debía ser capaz de elaborar argumentos convincentes mediante la transmisión de la ilusión de realidad, y no mediante la exhibición de pruebas reunidas por él mismo o por otros.<sup>3</sup> La recolección de pruebas era, hasta mediados del siglo XVIII, una actividad propia de anticuarios y eruditos, no de historiadores.<sup>4</sup> Cuando el erudito jesuita Henri Griffet comparó en su *Traité des différentes sortes de preuves qui servent à établir la vérité de l'histoire* (1769) al historiador con un juez que evalúa cuidadosamente pruebas y testimonios, expresó una necesidad intelectual aún sin consignar. Sólo unos años después, Edward Gibbon publicó su *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano*, el primer trabajo que mezcló acertadamente la narrativa histórica con una actitud de anticuario.<sup>5</sup>

La comparación entre el historiador y el juez tiene una larga existencia. En su famoso lema —por primera vez proclamado por Schiller— *Die Weltgeschichte ist das Weltgericht*, Hegel expresó, por medio del doble significado de la palabra *Weltgericht* (“tribunal mundial de justicia” y “juicio final”), la esencia de su particular filosofía de la historia: la secularización de la visión cristiana de la historia del mundo (*Weltgeschichte*).<sup>6</sup> El lema, con toda su ambigüedad, enfatiza la sentencia del juez. Griffet, por el contrario, se concentró en la faceta previa, en la que el juez —al igual que el historiador— evalúa honradamente pruebas y testimonios. Hacia finales del siglo, lord Acton, en su conferencia inaugural como profesor Regius de Historia Moderna en Cambridge (1895), subrayó la importancia de ambas facetas: la historiografía, en tanto se basa en la evidencia, puede sobreponerse a disputas y tensiones para convertirse en “un tribunal admisible, y el mismo para todos”.<sup>7</sup> Estas palabras reflejaban una manera de pensar muy difundida, reforzada por la atmósfera positivista prevaleciente. Desde finales del siglo XIX y durante las primeras décadas del XX, buena parte de la historiografía —sobre todo la historiografía política y, de modo muy particular, la historiografía de la Revolución francesa— se desarrolló en una atmósfera muy similar a la de un tribunal.<sup>8</sup> No obstante, aquí hubo un rompimiento. Un historiador como Hippolyte Taine, que se consideraba a sí mismo como un “zoólogo moral”, provocó reservas en aquellos historiadores que intentaban mezclar el compromiso político con la neutralidad científica. Alphonse Aulard, por ejemplo, comparó la actitud de Taine hacia la Revolución con la de un “juez superior y distanciado”. Aulard, así como su contrincante Albert Mathiez, prefirieron desempeñar el papel de fiscales estatales o de abogados con el fin de probar, fundamentados en expedientes detallados, la culpa de Robespierre o la corrupción de Dantón. Esta tradición, apoyada en discursos morales y políticos tipo tribunal, complementados por condenas o absoluciones, tiene una larga vida: *Un fury pour la Révolution*, de Jacques Godechot, el conocido historiador de la Revolución francesa, se publicó en 1974.<sup>9</sup>

Este modelo judicial, al enfatizar tendencias ya existentes, ha tenido un doble impacto en la historiografía. Por un lado, incita a los historiadores a centrarse en acontecimientos (políticos, militares, diplomáticos) que puedan atribuirse con facilidad a acciones específicas ejercidas por uno o más individuos; por otro, hace caso omiso

*La recolección de pruebas era, hasta mediados del siglo XVIII, una actividad propia de anticuarios y eruditos, no de historiadores.*



---

*Si hace veinte años era posible tomar partido, sin reparo alguno, por la clara disyuntiva sugerida por Bloch entre juez e historiador, hoy en día las cosas parecen más complicadas. Cada vez somos menos pacientes no sólo con la historiografía inspirada en un modelo judicial, sino también con el elemento que inspiró a Griffet su analogía entre el historiador y el juez: la noción de prueba.*

de aquellos fenómenos (como la vida social, *mentalités* y demás) que se resisten a una aproximación basada en este marco de referencia. Como en un negativo fotográfico, reconocemos los reclamos opuestos de los *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, la revista fundada por Marc Bloch y Lucien Febvre en 1929: el rechazo a la llamada *histoire événementielle* así como el énfasis en los fenómenos históricos menos evidentes pero más profundamente significativos. No es sorprendente encontrar en el libro inconcluso de Bloch sobre método histórico esta irónica declaración: “¡Robespierristas! ¡Antirrobepierristas! Por piedad, díganos simplemente qué fue Robespierre.” Ante el dilema: “Juzgar o Comprender”, Bloch escogió, sin dudar, lo segundo.<sup>10</sup>

En retrospectiva, parece obvio que ésta tuviera que ser la alternativa triunfante. Para demostrarlo, bastará tomar dos ejemplos de la historiografía de la Revolución francesa. Hoy en día resulta claro que está mal la tentativa de Mathiez de explicar las políticas de Dantón mediante sus amigos y su propia corrupción; por el contrario, la reconstrucción del “gran pánico” de 1789 elaborada por Georges Lefebvre hoy se tiene como clásico de la historiografía contemporánea.<sup>11</sup> Estrictamente hablando, Lefebvre no fue miembro del grupo de los *Annales*, pero su obra *El gran pánico de 1789* jamás se hubiera escrito sin *Los reyes taumaturgos*, publicado por Bloch en 1924, cuando aún era colega de Lefebvre en la Universidad de Estrasburgo.<sup>12</sup> Ambos libros tratan sobre entidades inexistentes: el poder atribuido a los reyes franceses e ingleses para curar la escrófula y los ataques de bandidos fantasmagóricos en apoyo a una supuesta “conspiración aristocrática”. La importancia histórica de estos acontecimientos, que nunca sucedieron, radica en su eficacia simbólica: esto es, en el modo en que los percibió una multitud de individuos anónimos. Evidentemente nos encontramos muy lejos de una historiografía moralista inspirada en el modelo judicial.

El mermado prestigio de este tipo de historiografía se debe recibir, en mi opinión, como un fenómeno positivo. Sin embargo, si hace veinte años era posible tomar partido, sin reparo alguno, por la clara disyuntiva sugerida por Bloch entre juez e historiador, hoy en día las cosas parecen más complicadas. Cada vez somos menos pacientes no sólo con la historiografía inspirada en un modelo judicial, sino también con el elemento que inspiró a Griffet su analogía entre el historiador y el juez: la noción de prueba.

## 2

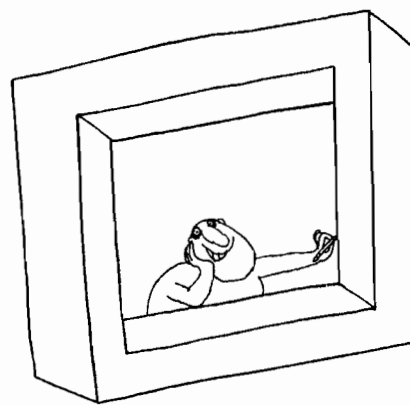
En los últimos veinticinco años palabras como *prueba*, o aun como *verdad* —vinculada a la primera por un fuerte lazo, si bien histórico— adquirieron para las ciencias sociales un sonido pasado de moda que evocaba las implicaciones positivistas. Esta reacción indiscriminada encierra, me parece, una confusión que es preciso aclarar. En el positivismo hay un elemento que hay que rechazar sin equívocos: la tendencia a simplificar la relación entre evidencia y realidad. Desde una perspectiva positivista, la evidencia se analiza sólo para determinar si implica, y en qué momento, una tergiver-

sación, intencional o involuntaria. El historiador se enfrenta así a varias posibilidades: un documento puede ser falso; un documento puede ser auténtico, pero poco fiable, en tanto la información que ofrece puede contener mentiras o errores; o un documento puede ser auténtico y confiable. En los dos primeros casos, la evidencia se descarta; en el último caso, se acepta, pero sólo como evidencia de otra cosa. En otras palabras, la evidencia no se considera como un documento histórico en sí mismo, sino como un medio transparente: como una ventana abierta que nos ofrece un acceso directo a la realidad.

Estos supuestos, todavía compartidos por muchos historiadores contemporáneos —entre los que se encuentran varios críticos feroces del positivismo— sin duda son erróneos y muy poco provechosos intelectualmente. Sin embargo, la actitud escéptica tan difundida en las ciencias sociales va mucho más allá del mero rechazo a estas premisas y cae en el extremo de lo que yo llamaría la trampa opuesta. En lugar de manejar la evidencia como una ventana abierta, los escépticos contemporáneos la consideran como un muro, mismo que por definición imposibilita cualquier acceso a la realidad. Esta actitud antipositivista extrema, que considera todos los supuestos de referencia como una ingenuidad teórica, resulta una suerte de positivismo inverso.<sup>13</sup> La ingenuidad y la sofisticación teóricas comparten un supuesto común bastante simplista: ambas dan por hecha la relación entre evidencia y realidad.

No obstante, dicha relación debe considerarse como sumamente problemática. Hace muchos años, Arsenio Frugoni, en su obra pionera *Arnaldo da Brescia nelle fonti del secolo XII* (1954), denunció con eficacia la difundida falacia erudita según la cual evidencias diferentes, escritas desde perspectivas diversas (a veces hasta conflictivas) se combinan para reconstruir una narración fluida y homogénea.<sup>14</sup> Las conclusiones de Frugoni, basadas en el análisis de un grupo de textos literarios, tienen un valor más general. Cabe subrayar que los historiadores —ya se ocupen de fenómenos distantes, recientes o en proceso— jamás se acercan directamente a la realidad. Su trabajo se realiza forzosamente por inferencia. Una evidencia histórica puede ser involuntaria —un cráneo, una huella, un vestigio de comida— o voluntaria —una crónica, un acta notarial, una horca. Pero en ambos casos hace falta un marco de interpretación específico, que debe estar relacionado —en el segundo caso— con el código específico de acuerdo con el cual se ha reconstruido la evidencia.<sup>15</sup> Ambos tipos de evidencia pueden compararse con un vidrio deformado. Sin un análisis cabal de sus deformaciones inherentes —los códigos según los cuales se ha reconstruido y/o se debe percibir— es imposible una reconstrucción histórica sólida. Pero esta aseveración también hay que leerla al revés: una lectura meramente interna de la evidencia, sin referencia alguna a su dimensión contextual, es asimismo imposible. La falla fundamental de *Le miroir d'Herodote*, libro brillante aunque defectuoso de Francois Hartog, resulta ilustrativa. El intento de reconstruir la representación del Otro (los escitas) hecha por Herodoto únicamente a partir de los textos del propio Herodoto se presenta como un objetivo inalcanzable.<sup>16</sup> La consigna en boga de estudiar la realidad como un tex-

*Cabe subrayar que los historiadores —ya se ocupen de fenómenos distantes, recientes o en proceso— jamás se acercan directamente a la realidad. Su trabajo se realiza forzosamente por inferencia.*



*Las tareas del historiador y el juez implican la habilidad de demostrar, de acuerdo con reglas específicas, que x hizo y, en donde x puede designar al actor principal, aunque innominado, de un acontecimiento histórico o de un acto legal, y y designa cualquier tipo de acción. Pero en ocasiones, los casos que un juez descartaría por ser jurídicamente inexistentes, se vuelven provechosos a los ojos de un historiador.*

to debe complementarse, en el entendido de que ningún texto es comprensible sin la referencia de realidades extratextuales.

Por consiguiente, aun cuando rechazemos el positivismo, todavía debemos enfrentarnos a nociones como “realidad”, “prueba” y “verdad”. Desde luego que esto no significa que fenómenos inexistentes o documentos falsos sean históricamente menos importantes para el historiador. Hace sesenta años, Bloch y Lefebvre demostraron lo contrario. Pero el análisis de las representaciones sociales no puede ignorar el principio de realidad. El temor de los campesinos franceses durante el verano de 1789 tiene implicaciones más profundas, más reveladoras y más significativas en tanto es posible demostrar que el fenómeno que lo ocasionó —aquellos bandidos errantes tan temidos— jamás existió. Podemos concluir, por lo tanto, que las tareas del historiador y el juez implican la habilidad de demostrar, de acuerdo con reglas específicas, que x hizo y, en donde x puede designar al actor principal, aunque innominado, de un acontecimiento histórico o de un acto legal, e y designa cualquier tipo de acción.<sup>17</sup> Pero en ocasiones, los casos que un juez descartaría por ser jurídicamente inexistentes, se vuelven provechosos a los ojos de un historiador.

### 3

De hecho, los objetivos de historiadores y jueces han sido tradicionalmente muy divergentes. Durante mucho tiempo los historiadores sólo manejaron acontecimientos políticos y militares: con los estados, no con los individuos. Pero a los estados, a diferencia de los individuos, no se les puede llevar a juicio. De Tucídides a Maquiavelo a Hegel y más allá, este hecho innegable ha inspirado reflexiones profundas, y a veces trágicas, sobre la amoralidad del poder, sobre el estado como instrumento de una forma superior de moralidad, y así por el estilo.

Como sea, existe un género un tanto fronterizo que se dedica a las vidas individuales: la biografía. Este tipo de actividad intelectual también lo heredamos de los antiguos griegos. En sus conferencias en Harvard, *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia*, Momigliano enfatizó las diferencias permanentes entre la historia y la biografía como géneros literarios.<sup>18</sup> Droysen, el gran historiador decimonónico, escribió que era posible escribir la biografía de Alcibíades, César Borgia y Mirabeau, mas no así la de César o Federico el Grande. Según comenta Momigliano, “el aventurero, el fracasado, la figura marginal eran los temas de la biografía”.<sup>19</sup> Sin embargo, las vidas de “individuos mundialmente históricos”, como los designó Hegel, se suponían identificadas en la historia universal.

Pero el siglo XIX no fue solamente el siglo de Napoleón. También fue el siglo de acceso total de la burguesía al poder, de la transformación del campo europeo, del crecimiento desenfrenado de las ciudades, de las primeras luchas obreras y de los orígenes de la emancipación femenina. Para el análisis histórico de estos fenómenos hacían falta nuevas categorías teóricas, nuevos métodos de investigación y nuevos estilos narrativos. Pero la historia social, la herede-

ra intelectual de la *histoire des moeurs* del siglo XVIII, se desarrolló lentamente. Un ejemplo anticipado de historia escrita desde abajo, el conocido *Essai sur l'histoire de la formation et du progrès du Tiers État* (1850) de Augustin Thierry, adquirió la forma de una “biografía imaginaria”. En un breve ensayo titulado “Histoire véritable de Jacques Bonhomme, d’après les documents authentiques” (1820), Thierry trazó la biografía de Jacques, el típico campesino francés: una biografía que se prolonga veinte siglos, desde la invasión romana hasta el día de hoy. Es obvio que esto quería aparecer como “un divertimento”, *une plaisanterie*, pero un divertimento amargo. Thierry se centró en un solo personaje para enfatizar que a lo largo del tiempo los patrones *cambiaron* (romanos, francos, monarquía absoluta, república, imperio, monarquía constitucional), las formas de poder variaron, pero la dominación del campesino continuó una generación tras otra.<sup>20</sup> Michelet empleó el mismo estilo narrativo en la primera parte de su *La bruja* (1862): las transformaciones, así como la oculta persistencia de la brujería medieval, se expresan a través de una mujer, la Bruja, que aparece en una serie de acontecimientos que de hecho duran siglos. Es obvio que Michelet se inspiró en Thierry. En ambos casos, un personaje simbólico señala una multitud de vidas pisoteadas por la miseria y la opresión: la vida de esos individuos que, como lo expresaron las inolvidables palabras de Baudelaire, “*n’ont jamais vécu!*”<sup>21</sup> En este sentido, los historiadores respondieron al desafío de un novelista como Balzac.<sup>22</sup> La combinación de biografía imaginaria y *documents authentiques* permitió a los historiadores superar un obstáculo triple: lo irrelevante del tema —campesinos, brujas— según los criterios tradicionales, la escasez de evidencia y la ausencia de modelos narrativos. Algo similar ocurrió al triunfo del cristianismo, cuando el surgimiento de nuevos personajes humanos —obispos, santos y santas— inspiró intentos por adoptar los modelos biográficos viejos, así como la creación de nuevos.<sup>23</sup>

El *Orlando* (1928) de Virginia Wolf puede considerarse como un experimento similar, aunque de otra índole, pues se basa más en la invención literaria que en la reconstrucción histórica. En este caso el héroe, que atraviesa orgullosamente los siglos, es más marginal que nunca: es un andrógino. Esta obra comprueba una vez más que el estilo narrativo que he descrito, lejos de sus meras implicaciones técnicas, fue un intento consciente de sugerir una dimensión histórica oculta o cuando menos muy poco visible. Los personajes eternos reconstruidos en escala sobrehumana, como Jacques Bonhomme o la Bruja, se concibieron como proyecciones simbólicas de una multitud de vidas olvidadas, condenadas a una irrelevancia absoluta.<sup>24</sup>

*Esta obra comprueba una vez más que el estilo narrativo que he descrito, lejos de sus meras implicaciones técnicas, fue un intento consciente de sugerir una dimensión histórica oculta o cuando menos muy poco visible.*



#### 4

Obviamente, no tendría ningún sentido mencionar en este contexto una noción histórica —por no decir judicial— de la evidencia. Después de todo, ninguno de los libros que mencioné puede considerarse como ejemplo típico de escritura histórica. Incluso *La bruja* fue catalogada como una suerte de novela en el momento de su publicación en una atmósfera ya impregnada por el positivismo.<sup>25</sup> Pero las

*Este cambio de apreciación tiene que ver con otro cambio enorme que [...] ha colocado en el centro del debate sobre la historia contemporánea a esa zona periférica y borrosa que se encuentra entre la historia y la ficción.*



cosas han cambiado desde entonces. Hoy en día, el libro de Michelet se considera como una de las obras maestras de la historiografía del siglo XIX. Este cambio de apreciación tiene que ver con otro cambio enorme que —como lo demostrará el ejemplo que voy a analizar— ha colocado en el centro del debate sobre la historia contemporánea a esa zona periférica y borrosa que se encuentra entre la historia y la ficción.

Comencemos con *Gente medieval* (1924) de Eileen Power. Power fue responsable, junto con sir John Clapham, del proyecto *The Cambridge Economic History of Europe*; por años, hasta su muerte prematura en 1941, enseñó historia económica en la London School of Economics.<sup>26</sup> *Gente medieval* es un libro brillante, basado en investigación de primera mano pero dirigido a un público general. Ofrece una imagen de la sociedad medieval a partir de una serie de retratos de la “gente común y corriente e ignorada por la fama, con excepción de Marco Polo”. Power subraya en su introducción que “a menudo hay tanto material para reconstruir la vida de alguna persona común y corriente como el que hay para escribir una historia de Roberto de Normandía o de Filipa de Hainault”.<sup>27</sup> Esta aseveración desafiante es probablemente una exageración. A pesar de su habilidad poco común para combinar erudición e imaginación, Power no demuestra cabalmente su tesis. Es significativo que madame Eglentyne y la esposa del Ménagier, las únicas dos mujeres de la serie, se hayan tomado de dos textos literarios muy distintos, ambos escritos por hombres: Chaucer y el así llamado Ménagier de París, autor de un libro de instrucciones a su mujer, escrito entre 1392 y 1394. Aún más significativo es el hecho de que el héroe del primer capítulo de Power, el campesino Bodo, es apenas un nombre más inscrito en uno de los libros del registro de propiedad que recopiló Irminon, abad de Saint-Germain-des-Prés, durante el reinado de Carlomagno. Por este documento nos enteramos que Bodo tuvo una esposa, Ermentrude, y tres hijos: Wido, Gerbert y Hildegard; también sacamos alguna información sobre las tierras que trabajó. Para darle algún sentido concreto a estos simples datos, Power describe el ambiente social en el que vivió Bodo. Explica la organización del trabajo en las tierras de la abadía, la relación entre las fincas feudales y tributarias y la cantidad de trabajo exigida a los arrendatarios. Después prosigue: “Tratemos de imaginar un día de su vida. En una hermosa mañana de primavera, hacia finales del reinado de Carlomagno, Bodo se levanta temprano” (p. 7). La descripción que sigue también ensaya reconstruir las creencias y supersticiones de Bodo:

Si se hubiera seguido a Bodo cuando abrió su primer surco, probablemente se le habría visto sacar de su jubón un pequeño pastel que horneó Ermentrude con harina de diferentes granos, y se le hubiera visto inclinarse y ponerlo debajo del surco y cantar: “¡Tierra, Tierra, Tierra! ¡Oh Tierra, nuestra madre!” (Aquí sigue el texto de un encantamiento anglosajón, p. 12).

No es necesario enfatizar las diferencias que hay entre la vida de Jacques Bonhomme, esbozada en breves trazos por Thierry en 1820, y la descripción detallada de la vida de Bodo ofrecida un siglo des-

pués por Power. En el primero, la evidencia, enfocada a un héroe simbólico, abarca veinte siglos; en el segundo, se centra en un individuo real y en un tiempo homogéneo. En ambos casos, sin embargo, la limitada, fragmentada evidencia se complementó con elementos tomados del contexto: diacrónico en el primer caso, sincrónico en el segundo. Sólo que Power, quien parte de una premisa realista y nada simbólica, utiliza la noción de contexto de un modo muy flexible. Por ejemplo, es difícil que Bodo, un habitante de la Île-de-France, entonara un encantamiento anglosajón. Por otra parte, cuando leemos que “Bodo seguramente tomaría un día de descanso e iría a la feria” (p. 21),<sup>28</sup> comprendemos de inmediato que se trata de una conjetura. Aunque sólo un lector ingenuo, al leer una oración improbable como “Bodo silba al salir al frío” (p. 7), puede preguntar si se basa en alguna evidencia. La primera reconstrucción, como muchas otras del libro de Power, se atiene a una compatibilidad histórica específica; la segunda cuenta con una plausibilidad imprecisa y general: hoy los campesinos silban, seguramente también silbaron en los tiempos de Carlomagno. Sin embargo, como el silbido humano es una práctica cultural, no puede proyectarse automáticamente en una sociedad.

En su prólogo a *Gente medieval*, Power dice que “la historia social se presta particularmente a lo que puede llamarse un trato personal” (p. vii). En este pasaje “personal” quiere decir “típico”—aunque en otra parte Power expresa algunas reservas hacia el concepto de “tipo ideal” de Max Weber—.<sup>29</sup> De hecho, durante mucho tiempo los historiadores han rechazado explícita o —con más frecuencia— implícitamente la posibilidad de reconstruir las vidas de individuos desamparados de tiempos distantes. Según una típica afirmación de François Furet en 1963, los historiadores sólo pueden manejar grupos ubicados en la base de la pirámide social desde una perspectiva cuantitativa y anónima, basada en la sociología y la demografía histórica.<sup>30</sup> Sin embargo, unos años después, algunos historiadores comenzaron a refutar estas conclusiones tan pesimistas al intentar reconstruir las vidas de hombres y mujeres individuales de las clases populares del pasado. Es muy significativo que la evidencia más rica —por no decir la única disponible— para esta empresa la proporcionen, directa o indirectamente, los registros judiciales de lugares y épocas distantes: la Francia de los siglos XIV o XVI, la Italia o la China del siglo XVII.<sup>31</sup> Una vez más, esta nueva vecindad del historiador y el juez coloca en primera fila, aunque desde una perspectiva diferente, las referidas coincidencias y diferencias de sus respectivos acercamientos.<sup>32</sup>

El libro de Natalie Davis, *El regreso de Martin Guerre*, ilustra las implicaciones contradictorias de esta contigüidad. El juicio contra el hombre que pretendió hacerse pasar por Martin Guerre aparentemente está perdido. Davis se vio obligada a trabajar con el comentario detallado que ofreció Jean de Coras, el juez que presidió el juicio. Por consiguiente, dice:

Ante la imposibilidad de consultar los interrogatorios del proceso (todos los procesos anteriores a 1600 han desaparecido del Parlamento de Toulouse) busqué en los registros de las senten-

*Según una típica afirmación de François Furet en 1963, los historiadores sólo pueden manejar grupos ubicados en la base de la pirámide social desde una perspectiva cuantitativa y anónima, basada en la sociología y la demografía histórica. Sin embargo, unos años después, algunos historiadores comenzaron a refutar estas conclusiones tan pesimistas al intentar reconstruir las vidas de hombres y mujeres individuales de las clases populares del pasado.*





*El uso de archivos judiciales no implica que el historiador, disfrazado de juez, trate de revivir los juicios del pasado —una pretensión sin sentido, si no fuera intrínsecamente imposible—.*

cias del Parlamento para conseguir informaciones suplementarias sobre el asunto y sobre la práctica y la actitud de los jueces. Siguiendo la pista de mis actores, investigué las actas notariales de muchos pueblos de las Diócesis de Rieux y de Lombez. Si no lograba encontrar a mi hombre (o a mi mujer) en Hendaya, Sajas, Artigat, o Burgos, hacía lo que podía para descubrir a través de otras fuentes el mundo que debieron contemplar, las reacciones que podían haber sido suyas.<sup>33</sup>

Recordamos inevitablemente a Power. De hecho, en un ensayo reciente, Davis trazó un cálido y agradecido retrato intelectual de Power.<sup>34</sup> Pero Davis es mucho más cuidadosa que Power en distinguir verdades de posibilidades. En lugar de disimular de modo indicativo las reconstrucciones que tuvo que hacer para llenar las lagunas documentales, Davis las enfatiza al utilizar un modo condicional o expresiones como “tal vez” y “pudo ser”. Podemos comparar el acercamiento de Davis con las técnicas modernas de restauración artística, como la llamada *rigatino*, que consiste en enfatizar con pequeñas líneas las lagunas en la superficie pintada en lugar de ocultarlas repintándolas como se hizo en el pasado.<sup>35</sup> El contexto, concebido como un espacio de posibilidades históricas, ofrece al historiador la posibilidad de completar la evidencia —que a menudo sólo son fragmentos dispersos— sobre la vida de un individuo. Es obvio que nos encontramos muy lejos de una perspectiva judicial.

Por lo tanto, el uso de archivos judiciales no implica que el historiador, disfrazado de juez, trate de revivir los juicios del pasado —una pretensión sin sentido, si no fuera intrínsecamente imposible—. Parece que no tienen sentido discusiones como la que sostuvieron Robert Finlay y Natalie Davis sobre la culpabilidad o inocencia de Bertrande de Rols, la esposa de Martin Guerre. Aun el énfasis de Davis en la importancia de la reconstrucción del contexto como simple “propósito adicional”, a mí me parece marcado por cierta timidez teórica.<sup>36</sup> Me parece que el objetivo específico de este tipo de investigación histórica debe ser la reconstrucción de la *relación* (sobre la cual sabemos muy poco) entre las vidas individuales y los contextos en los cuales se desarrollan.<sup>37</sup>

Los intentos de unir estos dos polos son a menudo conjeturales. Pero no todas las conjeturas son igual de admisibles. Veamos otro libro basado en el relato literario de un juicio perdido: *Death of Woman Wang*, de Jonathan Spence. En un esfuerzo temerario por reconstruir lo que Wang, la campesina pobre que tiene el papel principal en el libro, soñaba inmediatamente antes de su violenta muerte, Spence utilizó una serie de fragmentos de la obra literaria de P'u Sung-ling, un escritor chino del siglo XVII que vivió en una región vecina.

Con el montaje de algunas de las imágenes de P'u Sung-ling, me parece [escribió Spence] que podríamos forzar más allá las otras fuentes del mundo perdido y acercarnos a una explicación de lo que pudo haber en la mente de la mujer Wang mientras dormía antes de morir.<sup>38</sup>

No cuestiono la honradez de Spencer hacia sus lectores: el sueño está impreso en cursivas. Por lo tanto, nos encontramos en una zona intermedia que apunta hacia la posibilidad histórica (“lo que pudo haber sido”) y no hacia la evidencia rigurosa. Pero recrear el sueño de una campesina pobre a través de las palabras de un ensayista y narrador culto parece un ejercicio un poco gratuito.

## 5

Mi posición ante los problemas de la evidencia y la prueba tiene una deuda profunda con la obra de Arnaldo Momigliano. No por nada lo cito tantas veces. En un ensayo publicado algunos años antes de su muerte, expresó con una aspereza característica el “punto fundamental” de la siguiente manera:

[1] El historiador trabaja sobre la evidencia. [2] La retórica no es su trabajo. [3] El historiador tiene que asumir criterios ordinarios del sentido común para juzgar su propia evidencia. [4] No debe permitirse a sí mismo persuadirse de que sus criterios sobre la verdad son relativos y que lo que hoy es verdad para él, dejará de ser verdad para él mañana.<sup>39</sup>

[1] se ha vuelto cada vez menos obvio, tanto en sí mismo como en sus implicaciones. A mí me parece absolutamente cierto pero [2], por el contrario, me parece imposible de aceptar, sobre todo si asumimos que el lenguaje del historiador tiene implicaciones cognoscitivas y no meramente retóricas. [3] Parece una provocación consciente, contradicha por la obra completa de Momigliano, en la que exploró la larga y compleja historia de esos sostenidos “criterios de sentido común”. Considero el rechazo al relativismo, expresado con fuerza en [4], como algo particularmente importante y básicamente cierto. Pero yo sugiero que se haga una distinción entre verdad, como principio regulador, y criterios de verdad.<sup>40</sup> Los ejemplos antes analizados demuestran que los papeles respectivos de la verdad y la posibilidad son, en la investigación histórica contemporánea, un problema controvertido y todavía en discusión. Es imposible prever si un nuevo consenso académico, comparable con el que surgió hacia finales del siglo XVIII en torno a la pertinencia de los métodos anticuarios, surgirá a propósito de estos problemas. Pero éste —por citar a Momigliano otra vez— “no es [nuestro] negocio”.

En este contexto se puede sugerir una sencilla analogía. Ni los cambios pasados y futuros en la lengua que hablamos, ni la existencia de otras lenguas, afectan nuestro compromiso con la lengua que hablamos o su dominio sobre la realidad. Traducibilidad y relativismo no son sinónimos.

## Notas

<sup>1</sup> Algunos de los temas mencionados en este ensayo los he tratado en trabajos previos: “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indi-

*Yo sugiero que se haga una distinción entre verdad, como principio regulador, y criterios de verdad. Los ejemplos antes analizados demuestran que los papeles respectivos de la verdad y la posibilidad son, en la investigación histórica contemporánea, un problema controvertido y todavía en discusión.*



ciales”, en *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, Carlos Catroppi (trad.), Barcelona, Gedisa, 1989, pp. 138-175, y “The Inquisitor as Anthropologist”, en *Clues, Myths, and the Historical Method*, John y Anne C. Tedeschi (trads.), Baltimore, 1989, pp. 156-164 [en la edición al español de *Clues, Myths, and the Historical Method*, no está “El inquisidor como antropólogo”, traducido por Susana Quintanilla para *Historias*, núm. 26, México, INAH, 1991, pp. 15-24]; la introducción a Peter Burke, *La cultura popular en la Europa moderna*, Vidal Peña (trad.), Madrid, Alianza, 1985, pp. xiv-xv; “Proofs and Possibilities: In the Margins of Natalie Zemon Davis’ *The Return of Martin Guerre*”, Anthony Guneratne (trad.), *Yearbook of Comparative and General Literature*, núm. 37, 1988, pp. 114-127, en español, p. 116 n. 7; “Montrer et citer: La vérité de l’histoire”, *Le Débat*, núm. 56, septiembre-octubre de 1989, pp. 43-54; y “Just One Witness”, en *Probing the Limits of Representation: Nazism and the Final Solution*, Saul Friedlander (ed.), Cambridge, de próxima aparición. Este ensayo se basa parcialmente en pasajes de mi libro *El juez y el historiador. Acotaciones al margen del caso Sofri*, Alberto Clavería (trad.), Madrid, Anaya / Mario Muchnik, 1993.

<sup>2</sup> Véase Arnaldo Momigliano, “History between Medicine and Rhetoric”, en *Ottavo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Riccardo Di Donato (trad.), Roma, 1987, pp. 14-25.

<sup>3</sup> Véase Carlo Ginzburg, “Montrer et citer”, *op. cit.*

<sup>4</sup> Véase Arnaldo Momigliano, “Ancient History and the Antiquarian”, en *Contributo alla storia degli studi classici*, Roma, 1955, pp. 67-106.

<sup>5</sup> Véase Henri Griffet, *Traité des différentes sortes de preuves qui servent à établir la vérité de l’histoire*, Liège, 2a. ed., 1770. Allen Johnson, en su *Historian and Historical Evidence*, Nueva York, 1926, se refiere al *Traité* como “el libro más significativo sobre el método después de *De re diplomatica* de Mabillon” (p. 114). Véase también Arnaldo Momigliano, “Ancient History and the Antiquarian”, p. 81, y Carlo Ginzburg, “Just One Witness”, *op. cit.* Sobre Gibbon, véase Arnaldo Momigliano, *Sesto contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma, 1980, pp. 231-284.

<sup>6</sup> Comparar con Karl Löwith, *Meaning in History*, Chicago, 1949, p. 12: “la historia del mundo es la corte mundial de justicia”. En esta traducción las implicaciones religiosas del lema, enfatizadas por Löwith (p. 58), desaparecen. Como me lo ha señalado Alberto Gajano, Hegel cita el lema por lo menos en tres ocasiones: comparar con “Heidelgerger Enzyklopädie”, § 448, *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*, vol. 12 de *Werke in zwanzig Bänden*, Eva Moldenhauer y Karl Markus Michel (eds.), Francfort del Maine, 1970, p. 559; *Enzyklopädie der philosophischen Wissenschaften im Grundrisse*, § 548, vol. 10 de *Werke in zwanzig Bänden*, p. 347; y *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, § 340, vol. 7 de *Werke in zwanzig Bänden*, p. 503. Desde un punto de vista general, comparar con Reinhart Koselleck, *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*, Keith Tribe (trad.), Cambridge, Mass., 1985, pp. 34, 106 y 253.

<sup>7</sup> Lord Acton, “Inaugural Lecture on the Study of History”, en *Lectures on Modern History*, John Neville Figgis y Reginald Vere Laurence (eds.), Londres, 1906, p. 17.

<sup>8</sup> Sobre “historiografía judicial”, véase los perspicaces comentarios de Luigi Ferrajoli en *Il manifesto*, febrero de 1983, pp. 23-24.

<sup>9</sup> Véase Jacques Godechot, *Un fury pour la Révolution*, París, 1974. Véase también *L’albero della Rivoluzione: Le interpretazioni della Rivoluzione Francese*, Bruno Bongiovanni y Luciano Guerci (eds.), Turín, 1989, que encontré de mucha ayuda, particularmente las anotaciones en “Alphonse Aulard” y “Albert Mathiez”, de Michel Vovelle, e “Hippolyte Taine”, de Regina Pozzi. En *Taine: Historien de la Révolution française*,

París, 1907, Alphonse Aulard hace esta observación característica: "Je crois donc être sûr, je ne dis pas de paraître impartial, mais d'être impartial" (p. vii). Véase también "Sitzungsberichte der Akademie der Wissenschaften", en *Eine Jury für Jacques Roux: Dem Wirken Walter Markovs gewidmet*, Manfred Kossok (ed.), Berlín, 1981.

<sup>10</sup> Marc Bloch, *The Historian's Craft*, Peter Putnam (ed.), Nueva York, 1953, p. 140.

<sup>11</sup> Véase Albert Mathiez, *La corruption parlementaire sous la Terreur*, París, 2a. ed., 1927, y Georges Lefebvre, *El gran pánico de 1789. La Revolución francesa y los campesinos*, María Elena Vela (trad.), Barcelona, Paidós, 1986. La antítesis entre estos dos libros es meramente simbólica; por ejemplo, no da cuenta de *Vie chère et le mouvement social sous la Terreur* de Mathiez, París, 1927. Sobre Mathiez, véase François Furet y Mona Ozouf, *Diccionario de la Revolución francesa*, Jesús Bravo (trad.), Madrid, Alianza, 1989, s.v., "Histoire universitaire de la Révolution", pp. 990-991. Sobre Lefebvre, véase la introducción de Jacques Revel a *La grande peur de 1789* de Lefebvre, París, 1932.

<sup>12</sup> Véase Marc Bloch, *Los reyes taumaturgos*, Marcos Lara (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1988. Comparar con Guerci, "Georges Lefebvre", en *L'albero della Rivoluzione*.

<sup>13</sup> La actitud de Macler Mauss fue considerablemente diferente; véase su "Rapports réels et pratiques de la psychologie et de la sociologie", en *Sociología y antropología*, Teresa Rubio (trad.), Madrid, Tecnos, 1979, pp. 281-310. Véase especialmente la página 287, en donde rechaza la tendencia a separar "la conscience du groupe de tout son substrat matériel et concret. Dans la société, il y a autre chose que des représentations collectives, si importantes ou si dominantes qu'elles soient".

<sup>14</sup> Véase Arsenio Frugoni, *Arnaldo da Brescia nelle fonti del secolo XII* [1954], Turín, 1989, con una introducción de Giuseppe Sergi, "Arsenio Frugoni e la storiografía del restauro". Véase también Carlo Ginzburg, "Proofs and Possibilities", pp. 123-124.

<sup>15</sup> Quiero agradecer a Immanuel Wallerstein, con el que hace tres años tuve una larga conversación sobre este asunto que entrañó muchos desacuerdos provechosos.

<sup>16</sup> Véase François Hartog, *Le miroir d'Hérodote: essai sur la représentation de l'autre*, París, 1980, traducción de Janet Lloyd bajo el título *The Mirror of Herodotus: The Representation of the Other in the Writing of History*, Berkeley, 1988. Véase también Carlo Ginzburg, "Proofs and Possibilities", pp. 121-122.

<sup>17</sup> Sobre la noción jurídica de prueba véase Ferrajoli, *Diritto e ragione: teoria del garantismo penale*, Roma, 1989, p. 108.

<sup>18</sup> Véase Arnaldo Momigliano, *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia*, María Teresa Galaz (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>20</sup> Este corto ensayo apareció por primera vez en *Le censeur européen*, 12 de mayo de 1820; se reeditó en Augustin Thierry, *Dix ans d'études historiques*, París, 1835, pp. 308-317. Yo usé la edición de Milán de 1842. Véase también Lionel Gossman, *Augustin Thierry and Liberal Historiography*, suplemento de *History and Theory*, núm. 15, 1976, pp. 1-83; Pozzi, introducción a Thierry, *Scritti storici*, Turín, 1983; y Marcel Gauchet, "Les lettres sur l'histoire de France d'Augustin Thierry", en *Les lieux de mémoire*, Pierre Nora (ed.), 2 vols., París, 1986, vol. 2, pt. 1, pp. 247-316.

<sup>21</sup> "Encore la plupart n'ont-ils jamais connu/La douceur du foyer et n'ont jamais vécu!", Charles Baudelaire, "Le crépuscule du soir", II, pp. 38-39, *Les fleurs du mal*, en *Oeuvres complètes*, Y. G. le Dantec (ed.), Pa-



rís, 1961, p. 91. [“¡La mayor parte de ellos jamás han conocido/El amor del hogar ni jamás lo han vivido!”].

<sup>22</sup> Véase Carlo Ginzburg, “Proofs and Possibilities”, p. 120. A propósito de la observación de que *L’histoire véritable de Jacques Bonhomme* inmediatamente fue seguida por una reseña entusiasta en *Le censeur européen*, también de Thierry, sobre *Ivanhoe* de Walter Scott, Gauchet comenta: “Ce que les sources suggèrent, le roman historique révèle que la technique existe qui permet l’explorer”, Gauchet, “*Les lettres sur l’histoire de France* d’Augustin Thierry”, p. 274.

<sup>23</sup> Véase Arnaldo Momigliano, “Marcel Mauss e il problema della persona nella biografia greca” y “The Life of St. Macrina by Gregory of Nyssa”, en *Ottavo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, pp. 179-190, 333-347.

<sup>24</sup> Me pregunto si la idea central de Virginia Wolf en *Orlando*, Jorge Luis Borges (trad.), México, Hermes, 1987, se inspiró en *She, a History of Adventure*, Londres, 1887, la exitosa novela victoriana de Henry Rider Haggard.

<sup>25</sup> Véase el prólogo de Paul Viallaneix a Jules Michelet, *La sorcière*, París, 1966, p. 20, (en español: *La bruja*, Robert Mandron (presentación), J. Vivó (trad.), Barcelona, Mateu, 1970).

<sup>26</sup> Véase el prólogo de M. M. Postan a *Economic Organization and Policies in the Middle Ages*, vol. 3 de *The Cambridge Economic History of Europe*, E. Postan, E. Rich y Edward Miller (eds.), Cambridge, 1965, p. v, y el prólogo de J. H. Clapham a la primera edición de este mismo trabajo, Clapham y Eileen Power (eds.), Cambridge, 1941, pp. v-viii; en español, *Historia económica de Europa*, Edersa, 1972-1983. Sobre Power, considerada como la contraparte femenina de Bloch, véase Natalie Zemon Davis, “History’s Two Bodies”, en *American Historical Review*, núm. 93, febrero de 1988, pp. 1-30, en español, p. 18.

<sup>27</sup> Eileen Power, *Gente medieval*, Jordi Beltrán (trad.), Barcelona, Ariel, 1988, pp. viii, vii.

<sup>28</sup> La palabra “seguramente” aquí significa “presumiblemente”, una sustitución muy recurrente en el lenguaje del historiador.

<sup>29</sup> Véase Natalie Zemon Davis, “History’s Two Bodies”, p. 22, donde cita los comentarios críticos de Power sobre Weber en su ensayo “On Medieval History as a Social Study”, *Económica*, n.s. 1, febrero de 1934, pp. 20-21.

<sup>30</sup> Véase François Furet, “Pour une définition des classes inférieures a l’époque moderne”, *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, núm. 18, mayo-junio de 1963, pp. 459-474, en español p. 459.

<sup>31</sup> Véase Emmanuel Le Roy Ladurie, *Montaillou, aldea occitana, de 1294 a 1324*, Mauro Armiño (trad.), Madrid, Taurus, 1988; Natalie Zemon Davis, *El regreso de Martin Guerre*, Helena Rotés (trad.), Barcelona, Antoni Bosch, 1984; Carlo Ginzburg, *I benandanti*, Turín, 1966, traducción de Tedeschi y Tedeschi bajo el título *The Night Battles: Witchcraft and Agrarian Cults in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Baltimore, 1983; Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI*, Francisco Martín (trad.), Barcelona, Muchnik, 1986; y Jonathan D. Spence, *The Death of Woman Wang*, Nueva York, 1978.

<sup>32</sup> Véase Carlo Ginzburg, “The Inquisitor as Anthropologist”.

<sup>33</sup> Natalie Zemon Davis, *El regreso de Martin Guerre*, p. 5.

<sup>34</sup> Véase Natalie Zemon Davis, “History’s Two Bodies”.

<sup>35</sup> Véase Carlo Ginzburg, “Proofs and Possibilities”, pp. 122-125. Véase también A. Lloyd Moote, reseña de *The Return of Martin Guerre* de Davis, *American Historical Review*, núm. 90, octubre de 1985, p. 943.

<sup>36</sup> Natalie Zemon Davis, “On the Lame”, *American Historical Review*, núm. 93, junio de 1988, p. 573. Véase Robert Finlay, “The Refashioning

of Martin Guerre”, *American Historical Review*, núm. 93, junio de 1988, pp. 553-571.

<sup>37</sup> Véase Giovanni Levi, “Les usages de la biographie”, *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, núm. 44, noviembre-diciembre de 1989, pp. 1325-1336.

<sup>38</sup> Jonathan D. Spence, *The Death of Woman Wang*, pp. xiv-xv. Véase también pp. 123-131, 160-161.

<sup>39</sup> Arnaldo Momigliano, “Considerations on History in an Age of Ideologies”, en *Settimo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma, 1984, p. 268; en el pasaje arriba citado, los números entre paréntesis son míos. Véase también su “Rhetoric of History and the History of Rhetoric: On Hayden White’s Tropes”, *ibid.*, pp. 49-59.

<sup>40</sup> Sobre la noción —kantiana— de “ideas reguladoras”, véase Amos Funkenstein, *Theology and the Scientific Imagination from the Middle Ages to the Seventeenth Century*, Princeton, 1986, pp. 18-22.

## E. P. Thompson

### Eric Hobsbawm

Tomado de *Radical History Review*, invierno de 1994. Traducción de Lligany Lomelí.

Es probable que E. P. Thompson, historiador, socialista, poeta, militante, orador, escritor —en su época— de la mejor prosa polémica de este siglo, hubiera deseado que se le recordara como lo primero. Y de hecho, cuando sus diversas campañas se hayan olvidado, *La formación histórica de la clase obrera, Inglaterra: 1780-1832* y varias de sus otras obras se seguirán leyendo con admiración y emoción.

Como historiador y personaje público, Edward Thompson se elevó como un cohete. *La formación histórica*, publicado en 1963 y escrito por un maestro de escuela para adultos virtualmente desconocido fuera de los estrechos círculos de la vieja y nueva izquierda intelectual, fue reconocido de inmediato como un clásico y se volvió en efecto el libro de historia de mayor influencia en las radicales décadas inglesas de los años sesenta y setenta. Y no sólo entre los radicales. En el decenio de los ochenta, Thompson fue el historiador contemporáneo más ampliamente citado en el mundo, según el *Arts and Humanities Citation Index*, y uno de los 250 autores citados con mayor frecuencia de todos los tiempos. Cuando en la década de los ochenta Thompson se involucró en las campañas en favor del desarme nuclear, se elevó casi instantáneamente a una posición similar a la que ocupaba —en una época anterior del movimiento—

